



EDUCACIÓN Y PERIODISMO PARTICIPATIVO

Un atisbo al futuro

JORGE CORTÉS MONTALVO¹

Facultad de Filosofía y Letras/Universidad Autónoma de Chihuahua

La cultura es el conjunto de todas las formas y expresiones de una sociedad determinada. Como tal incluye costumbres, prácticas, códigos, normas y reglas de la manera de ser, vestimenta, religión, rituales, normas de comportamiento y sistemas de creencias. Desde otro punto de vista se puede decir que la cultura es toda la información y habilidades que posee el ser humano.²



Aarón PINA MORA.

Mentor era en realidad, en la mitología griega, Palas Atenea, diosa de la sabiduría, que tomando la apariencia de un anciano, instruyó a Telémaco en su viaje por el Helesponto en busca de su perdido padre Ulises, en las artes de la navegación, la guerra y el gobierno. Ante la irrupción de las tecnologías de información y comunicación (TIC), como elemento catalizador y transformador de la cultura y los requerimientos de nuevos alfabetismos y desarrollo de competencias que trae consigo, hay razones para sospechar que los emergentes profesantes, los que dosifican la información y trazan las reglas sobre qué hay que saber, cuánto hay que saber y cómo se debe interpretar, es decir, el papel que otrora correspondió a los monjes y sacerdotes y después a los maestros y profesores, puede corresponder ahora y en el futuro cercano a la figura del periodista.

Planteamiento

De entre las múltiples competencias que supone la sociedad del conocimiento, quisiera detenerme solamente en una, vinculada estrechamente con la emergencia de las tecnologías de información y comunicación y su irrupción brutal en los ámbitos educativos. Me refiero a la competencia de producción de mensajes y su colocación en los circuitos de difusión mediática, y aun, de manera más particular, en los condicionamientos para la circulación de dichos mensajes y sus efectos sobre la transformación de la cultura, entendida en su acepción más amplia, y el desplazamiento de las estructuras de poder.

En los reiterados intentos de relacionar la sociedad de la información con la educación, se han dejado oír las voces de multitud de investigadores y estudiosos del tema que dan constancia del previsible desbordamiento de los sistemas formales de escolarización, hacia “un escenario en el que nuevas formas, fuentes, agentes, tiempos, espacios y sistemas de representación del conocimiento les disputan tanto sus cometidos tradicionales como los medios a través de los que se empeña en realizarlos”.³

Escuchar esas voces no es ocioso frente a la percepción generalizada de que el papel de los medios de comunicación y las TIC están generando, de manera gradual pero constante, importantes alteraciones y reconfiguraciones en lo que llamamos, en su más amplia acepción, la cultura. En palabras de Álvaro Cuadra (2003, p. 12) “se trata de un proceso de virtualización de la cultura”.

Los nuevos escenarios, por cierto –abunda este autor–, “no resuelven las injusticias ni la miseria inherentes a nuestros modelos socioculturales; no obstante, si nos obligan a poner dichos problemas en una perspectiva distinta y, consecuentemente, a buscar caminos inéditos para superarlos”.

La transformación de la cultura

De acuerdo con Wikipedia, la enciclopedia de la red de Internet, el término cultura, de origen latino, designaba originalmente ciertas formas de cuidar el campo o el ganado; hacia mediados del siglo XVI, “el término adquiere una connotación metafórica, como el cultivo de cualquier facultad. De cualquier manera, la acepción figurativa de cultura no se extenderá hasta el siglo XVII, cuando también aparece en ciertos textos académicos”.⁴

Es también en la época y contexto del iluminismo cuando aparece el concepto de civilización, como sinónimo de cultura. Esta palabra, de origen francés, aludía a la refinación de las costumbres. Civilización es un término vinculado a la idea de progreso, según esta concepción:

[...] la civilización es un estado de la Humanidad en el cual la ignorancia ha sido abatida y las costumbres y relaciones sociales se hallan en su más elevada expresión. La civilización no es un proceso terminado, es constante, e implica el perfeccionamiento progresivo de las leyes, las formas de gobierno, el conocimiento. Como la cultura, también es un proceso universal que incluye a todos los pueblos, incluso a los más atrasados en la línea de la evolución social” (Thompson, 2002, p. 186).

En el análisis antropológico estructural de Claude Lévi-Strauss, la cultura es básicamente un sistema de signos producidos por la actividad simbólica de la mente humana. El autor define las relaciones que existen entre los signos y símbolos del sistema social y su función en la sociedad. En la teoría estructuralista, la cultura es un mensaje que puede ser decodificado tanto en sus contenidos como en sus reglas. El mensaje de la cultura habla de la concepción del grupo social que la crea, de sus relaciones internas y externas. En *El pensamiento salvaje* (2002), Lévi-Strauss considera que en la factura cultural, todos los símbolos y signos son producto de la misma capacidad simbólica que poseen todas las mentes humanas.

¿No son acaso los medios de comunicación y las TIC los que están cargando ahora a la humanidad de signos, símbolos y significados? C. Geertz (1990, p. 86) estima, como Max Weber, que la cultura se compone de tramas de significación tejidas por los mismos seres humanos, y en consecuencia, su análisis no puede colgarse de la plataforma de una ciencia experimental en busca de leyes, sino de “una ciencia interpretativa en busca de significado”.

Foucault, por su parte, opina que todos los periodos de la historia poseen ciertas condiciones fundamentales de verdad que constituyen lo que es aceptable como, por ejemplo, el discurso científico, argumenta que “estas condiciones de discurso cambian a través del tiempo, mediante cambios generales y relativamente repentinos, de un *episteme* a otro”,⁵ justo lo que hace la multiplicidad de canales de difusión mediática y en la red generados por las tecnologías de infor-

mación y comunicación en constante renovación y perfeccionamiento.

Los neoevolucionistas, White y Steward (1992), sostenían, al contrario de la visión estática de los culturalistas, que la cultura es el producto de las relaciones históricas entre un grupo humano y su medio ambiente e introducen el concepto de “aprovechamiento energético”, el cual:

“estimula la transformación de la tecnología disponible, tendiendo siempre a mejorar. Así, la cultura está determinada por la forma en la que el grupo humano aprovecha su entorno. Este aprovechamiento se traduce a su vez en energía. El desarrollo de la cultura de un grupo es proporcional a la cantidad de energía que la tecnología disponible le permite aprovechar. La tecnología determina las relaciones sociales y esencialmente, la división del trabajo como una prístina forma de organización. A su vez, la estructura social y la división del trabajo se reflejan en el sistema de creencias del grupo, que formula conceptos que le permiten comprender el entorno que le rodea. Una modificación en la tecnología y la cantidad de energía aprovechada se traduce, por tanto, en modificaciones en todo el conjunto.”⁶

El desarrollo tecnológico, que facilita la vida del ser humano, es un instrumento y a la vez una manifestación de la variabilidad cultural; al tiempo que requiere del aprendizaje de nuevas ejecuciones ha dejado inoperantes viejos comportamientos que se ligan a un estilo de vida y modifican expresiones culturales propias de la sociedad en un tiempo determinado; por ejemplo, la máquina de escribir es sustituida por la computadora, la carta a través del sistema postal por el correo electrónico (e-mail), la consulta de gruesos volúmenes en estanterías, por la utilización de motores de búsqueda en bases de datos electrónicas.

En consecuencia, las transformaciones en la cultura que se dan por etapas en la humanidad, están asociadas al desplazamiento del poder de un grupo con intereses y características anclados en una visión de sociedad, al de otro grupo que emerge reconfigurando dichos intereses al hilo de la conversión de nuevos conocimientos en información y cuya gradualidad está cifrada en la acumulación, actualización, interpretación y uso de la misma; las modificaciones técnicas y tecnológicas constituyen mecanismos y dispositivos que dicho proceso impulsa.

Desde luego, la transitoriedad de un grupo a otro no está marcada por antagonismos irreconciliables; de hecho, se da el caso de que parte del primer grupo, menos conservador y con capacidad financiera y emprendedora, pasa a formar parte y a constituir el que llamamos segundo grupo, al que se suman, sin embargo, nuevos actores que encuentran cabida, coyunturalmente, en los periodos de transición.

Por ejemplo, los intereses de las empresas editoriales permanecen ancladas en la cultura de la lecto-escritura, la letra impresa. No obstante, algunas impulsan el desarrollo de nuevos productos como las enciclopedias virtuales o los videolibros, que requieren de imaginativas aplicaciones tec-

nológicas, factor coyuntural para que se incorporen los desarrolladores de hardware y software, inicialmente ajenos a la empresa editorial.

El desplazamiento del poder

Michael Mann (1987) plantea la premisa de que las sociedades están constituidas por múltiples redes socioespaciales de poder que se superponen e intersectan e identifica como las fuentes de poder social más relevantes cuatro: las relaciones ideológicas, económicas, militares y políticas, que interactúan socialmente a modo de planos superpuestos organizadas como instituciones. No entraré aquí en el difícil debate de las fórmulas de poder económico o militar, y solo marginalmente en el político. La argumentación que aquí se presenta, de ninguna manera exhaustiva y tampoco novedosa, se encamina tan solo a fundamentar la idea de que las reglas en el ejercicio del poder ideológico y su posible generalización hacia la esfera social, va ganando espacio en la actividad de los periodistas.

El poder en una democracia, resulta del ejercicio de las atribuciones que concede la mayoría de la sociedad civil a individuos e instituciones, los cuales, supuestamente, representan y hacen valer la voluntad de dicha mayoría, pero ese es solo el sentido y significado político del término, la estrategia de domesticación de los grupos sociales. El concepto de poder ha sido entendido como la imposición de la propia voluntad sobre otras personas. Literalmente “el poder se puede definir como la capacidad de un individuo o grupo de individuos para modificar la conducta de otros individuos o grupos en la forma deseada y de impedir que la propia conducta sea modificada en la forma en que no se desea”.⁷

En un sentido amplio, el poder se refiere a todos los tipos de influencia que una persona o grupo puede ejercer hacia otras personas o grupos, echando mano de distintos recursos para vencer las resistencias de estos últimos, como el miedo, la amenaza, la restricción de beneficios o el convencimiento y la disuasión.

En su tiempo, la Inquisición imponía y hacía valer los dogmas por medio del terror. Harto elocuentes son los casos de Giordano Bruno y Galileo Galilei, entre otros muchos miles. El poder ideológico descansaba en la interpretación que se hacía del mensaje bíblico, la institución eclesiástica a través de los clérigos, como profesantes, eran los encargados de hacer llegar y cumplir los preceptos a los fieles. Siglos después, Pierre Bordieu reconocería cómo a través de la institución escolar, cuyos ejecutores son los profesores o maestros, es posible establecer códigos ideológicos que constituyen una suerte de violencia simbólica, “El poder simbólico es un poder de construcción de la realidad que tiende a establecer un orden *gnoseológico*: el sentido inmediato del mundo y, en particular, del mundo social” (2000, p. 66), ni más ni menos el tipo de atributos que se le asignan hoy en día a los medios de comunicación.

Recordemos también que las audiencias “negocian” los contenidos de los medios de comunicación.⁸ La utilización selectiva de los datos se basa en el propio interés, no solo al propio punto de vista, el cual puede cambiar y reconstruirse, sino a un compromiso que lleva a los individuos a creer en lo que hacen.

De este modo, bajo condiciones de incertidumbre, los individuos prefieren el manejo de datos y proceso de toma de decisiones con los que se sienten cómodos; es decir, hacemos lo que sabemos hacer y hacemos nuestras elecciones de acuerdo con el criterio que nos es más familiar.

Una argumentación convincente en un entorno determinado es útil para convencer a los demás de la validez de nuestras ideas y para ganar partidarios que convengan con dichas ideas. Debido a la correspondencia que existe entre estructura y poder se pueden llevar a cabo cambios estructurales como estrategia para el ejercicio del poder. Dichos cambios incluso pueden ser utilizados para consolidar el propio poder, al colocarse determinados individuos y sus partidarios en posiciones donde sea posible ejercer un mayor control de los recursos, pero sobre todo de la información, por ejemplo, en los circuitos de difusión y circulación de la misma.⁹

Javier Contreras (2006, p. 361), refiriéndose a la tipología propuesta por las categorías de Siebert, Peterson y Schram, identifica a los sistemas de comunicación de responsabilidad social como aquellos caracterizados por un alto grado de “autocensura”, ya que son los propios “funcionarios” de los medios, que no los del gobierno, quienes toman las decisiones acerca de la información que debe transmitirse, priorizando como criterio el “beneficio de la sociedad como conjunto y no únicamente al gobierno”.

Sin embargo, aunque Contreras reconoce que esta y otras tipologías, como la de la “aguja hipodérmica” o el modelo que concibe a los medios como “perros guardianes” frente al poder político son cuestionados, debido entre otras cosas a los cambios de la propia tecnología, se mantiene firme en la perspectiva de que el propósito tácito de los medios es la credibilidad y no la objetividad.

Etapas culturales recientes en la historia de la humanidad

Hasta hace poco más de cinco siglos, el depósito y dominio de la información radicaba en los monasterios y templos; los monjes, el clero regular y secular eran quienes dosificaban lo que se podía saber, cómo y cuánto era conveniente conocer y marcaba las reglas de cómo debía ser interpretada la información. Para el orden vigente en aquellas épocas, la gente no necesitaba saber leer y escribir. Bastaba con que tuvieran buena memoria y suficiente temor a las consecuencias de no observar las prescripciones dictadas desde el púlpito.

Con el advenimiento de la imprenta, resultado de una convergencia de tecnologías que describe magistralmente Bruno Olliver (2001, p. 54), se da un desplazamiento del poder y una transformación de la cultura. De manera gradual pero sostenida, la información pasa a engrosar los estantes

y escritorios de los recién fundados y flamantes nuevos templos del saber y del conocimiento: las escuelas y universidades, y vienen a ser, eventualmente, los profesores y catedráticos, los depositarios del saber y el conocimiento. El nuevo orden de cosas exigía una transformación cultural para entender y adaptarse a las nuevas reglas sociales, pero sobre todo políticas y económicas; significativas en la transformación de los feudos en vastos reinos por efecto de la colonización, la interpretación de las cartas de navegación, actividad pujante por entonces, y la contabilidad de los tributos y los productos de comercio. Así se fue estableciendo, no sin resistencias, la alfabetización a nivel masivo. Está claro que desde tiempos pretéritos, desde la Grecia clásica o aun antes, existían émulos de lo que ahora llamamos escuelas, que enseñaban a ciertos sectores de la población los rudimentos de la lecto-escritura y algunas habilidades contables, pero como señala Castillo Gómez (2002, p. 85), un grado mayor o menor de alfabetismo no tenía, en aquellas épocas, valor absoluto por sí; no favorecía ni impedía el acceso a modestos cargos públicos o ascensos en la carrera militar, “la valoración de la escritura cuando se ejercitaba como oficio u obligación, como todo trabajo manual, en realidad era considerada *opus servile*”.

La iglesia, desde luego, opuso todo tipo de resistencias a soltar el dominio de la información, desde la censura hasta el anatema, y en algunas regiones aún lo hace. De hecho, muchas escuelas y universidades tuvieron su origen (y a la fecha conservan), en una orden confesional. Basta con apreciar cómo se transfiere la terminología al ámbito académico; según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* (DRALE), cátedra tiene entre sus definiciones el “púlpito” o “lugar que ocupa el obispo en su catedral, desde el que preside las celebraciones litúrgicas”; asimismo, la palabra profesor alude a quien profesa un principio, una doctrina, una religión, una fe o enseña una ciencia o arte.

La construcción del conocimiento tuvo su base, durante los pasados cinco siglos, en la lecto-escritura. Muchos miembros de la sociedad civil de ese periodo, nobles y plebeyos, empezaron a escribir y publicar sus vivencias, experiencias, ideas y puntos de vista, enriqueciendo y contribuyendo así al desarrollo de los diversos géneros literarios, tasados y avalados, desde luego, por las diferentes academias. De esta forma, el lenguaje de la lecto-escritura desarrolla y simboliza la racionalidad y la cultura del hombre moderno, aunque al principio de esta etapa, escribir incluso se consideraba oficio de vagos y no pocas veces el propio Cervantes, cronista de la época, estuvo preso en distintas cárceles debido a tal oficio. Una placa en la calle de Sierpes en la capital andaluza, dice que *El Quijote* fue escrito, en buena medida, mientras su autor pasaba una temporada en la cárcel municipal de Sevilla.

Según la teoría sociocultural de Lev Vigotsky, el lenguaje de la lecto-escritura podría ser el culpable de todos los movimientos ilustrados de los siglos XVI, XVII y XVIII y de las revoluciones del XIX y XX. El lenguaje escrito ha llevado al pensamiento a sus máximos extremos con las revoluciones

industriales, religiosas, filosóficas, culturales y sociales (Tenorio, 2008).

El advenimiento de las TIC marca ahora otro parteaguas histórico, una revolución paradigmática cuya base es la multimedia y la red virtual. Ignacio Ramonet (1998, p. 9) señala que “la irrupción del multimedia, cuyo impacto se ha equiparado al de la invención de la imprenta por Gutenberg, sitúa al sistema informacional en el umbral de una profunda revolución”, y tiene razón, de nuevo se transforma la cultura y se desplaza hacia otras figuras el ejercicio del poder, situación que impacta de manera notable la estructura de los sistemas educativos.

Los nuevos alfabetismos

Nuevos alfabetismos se tornan imprescindibles en pos de la adaptación a los actuales tiempos globales, que gradualmente alcanzarán a toda la población, inicialmente ampliando, pero luego quizá cerrando de manera paulatina, en lo que a educación se refiere, la brecha entre naciones, culturas, niveles y grupos sociales. ¿Quiénes devendrán en mentores?

Me referiré de manera muy sucinta a dichos alfabetismos:

Tecnoeducación o educación para las tecnologías de información y comunicación

El manejo de las TIC todos lo reconocen y se hace ahora imprescindible para cualquier tipo de transacción. No hay vuelta atrás, la interacción política, económica y social se efectúa ya a través de dispositivos tecnológicos y no saber operar, a nivel de usuario, los instrumentos de comunicación electrónicos, resulta en una suerte de analfabetismo (Adell, 1997 y Area, 1998).

La interactividad se da desde la pantalla y el teclado, creando nudos y redes complejas que es necesario aprender a conocer, manejar y reestructurar, una y otra vez, no solo para recibir mensajes y evaluar información, sino también para aportar, añadir contribuciones que resultan de la transformación de la información en conocimiento y devienen en nuevos mensajes. Manuel Castells escribe: “Las redes informáticas interactivas crecen de modo exponencial, creando nuevas formas y canales de comunicación, y dando forma a la vida a la vez que ésta les da forma a ellas” (Castells, 1997, p. 56).

Beatriz Fainholk (2003),¹⁰ de la Universidad de la Plata, considera dos formas de concebir la tecnología: como una teoría instrumental y como una teoría sustantiva; la primera es simplemente la concepción de la tecnología como una herramienta lista para servir a los propósitos de quien la use. La segunda afirma que el solo uso de las tecnologías lleva garantizadas consecuencias para la humanidad y para la naturaleza más allá de los logros técnicos. Pero otra gran diferencia es que

la primera depende de los valores establecidos en la sociedad en que se inserta; mientras que la segunda es una fuerza cultural capaz de replantear los valores tradicionales existentes en la sociedad.

La tecnología no es solo un apéndice de la sociedad, sino que se convierte día a día en el sustrato constitutivo de la conciencia, la industrialización y exteriorización de la memoria y del imaginario en una era de hiperindustria cultural orientada a públicos masivos.

El aparente control y hegemonía que unas naciones ejercen sobre otras se difumina y alterna echando por tierra cualquier teoría de dominio.¹¹ Señala Florentino Blazquez (2001, p. 14) que “La sociedad actúa como propulsor decisivo no sólo de la innovación sino de la difusión y generalización de la tecnología”, y en esto se manifiesta de acuerdo con Manuel Castells, cuando afirma que “el cambio tecnológico tan sólo puede ser comprendido en el contexto de la estructura social dentro de la cual ocurre”.¹²

Info-educación

A principios de este 2008, la UNESCO dio a conocer las Normas sobre Competencias en TIC para Docentes (NUCTICD), publicadas un mes antes en París. El propósito de dicho proyecto es promover a nivel global una reforma radical de la educación y vincularla al desarrollo económico y social, en el ánimo de “mejorar la calidad de la educación, reducir la pobreza y la desigualdad, hacer progresar el estándar de vida y preparar a los ciudadanos de un país a afrontar los retos planteados por el siglo XXI”.¹³ Las normas son claras en la definición de su objetivo que es mejorar la mano de obra de los distintos países y fomentar su crecimiento económico sobre la base en tres enfoques que corresponden a planteamientos diferentes, aunque con elementos comunes:

- Integrar competencias tecnológicas en los planes de estudios (enfoque de nociones básicas de tecnología), que correspondería al inciso de tecnoeducación o educación para las TIC, revisado en el punto anterior.
- Incrementar la capacidad de la mano de obra para utilizar los conocimientos con miras a añadir valor a los resultados de la economía, aplicando dichos conocimientos para resolver problemas complejos y reales (enfoque de profundización de los conocimientos).
- Aumentar la capacidad de la mano de obra para innovar, producir nuevos conocimientos y sacar provecho de estos (enfoque de creación de conocimientos).

La educación para la información comprende al menos cinco competencias:

- Saber plantear preguntas, definir problemas y establecer objetos de investigación en clave de requerimientos de información.
- Identificar los recursos, fuentes y contenidos de información necesarios y suficientes para dar respuesta a las preguntas, resolver los problemas y documentar los objetos de investigación.
- Recuperar selectivamente la información pertinente y suficiente aplicando criterios de calidad y análisis crítico.
- Aplicar convenientemente la información; esto es, convertirla en conocimiento.

5. Generar nueva información; es decir, trocar el conocimiento resultante en un nuevo documento de cualquier tipo, codificarlo adecuadamente y situarlo en el circuito de los medios para su difusión y consulta.

Como se ve, la reforma educativa propuesta, dirigida a los estudiantes de un país y, en última instancia, a sus ciudadanos, procura favorecer el desarrollo de una mano de obra –capital humano– de gran rendimiento, que abarque desde una capacidad elemental para comprender y manejar la tecnología hasta la elaboración y circulación de mensajes para apuntalar una economía del conocimiento y una sociedad de la información.

Educación para los medios

De la mano con esta visión de competencia, se incorpora un tercer tipo de alfabetismo necesario en la conformación de la conciencia social, que se expresa planteando un análisis crítico sobre los códigos y sentido de los mensajes mediáticos, de los componentes audiovisuales y su utilización deliberada con propósitos de disuasión y convencimiento. Partiendo de la premisa de que los medios de comunicación construyen la realidad social, la educación para los medios busca poner en capacidad de las audiencias el cuestionamiento constante en la recepción de mensajes, teniendo permanentemente presentes una serie de preguntas reflexivas del tipo de 1) ¿quién creo este mensaje?; 2) ¿cuáles técnicas y artificios se han usado y previsto para la elaboración del mensaje y qué efectos se pueden esperar en la recepción?; 3) ¿cómo diferentes personas interpretan las experiencias mediáticas?; 4) ¿qué contenidos ideológicos –estilos de vida, valores, convicciones, creencias, supuestos, premisas y puntos de vista– están presentes o ausentes en los mensajes mediáticos? y 5) ¿qué intereses están detrás de quien envía el mensaje y del mensaje mismo? Ejemplos de estos modelos de alfabetización son el modelo Gavilán y el CMI (competencias para el manejo de información), de factura colombiana.¹⁴

Retomando el tema inicialmente planteado, una competencia que tiene que ver, precisamente con el rumbo de la cultura y con el ejercicio de un poder democrático es, de manera específica, la posibilidad que tiene el ciudadano común de generar sus propios mensajes, de transformar el conocimiento en información (quinto elemento de la info-educación) y colocarlo en el circuito de los medios, aparte de los sistemas de red electrónica, donde no hay censura para que cada quien coloque todo tipo de mensajes. A esto se le ha denominado empoderamiento de la sociedad civil mediante la educación, reconocido también como “periodismo participativo”.¹⁵

Al margen de las cartas al director o a la redacción de un periódico, a los programas radiales con teléfono abierto o al “escribanos o mande un e-mail con sus opiniones”, y de los incisos que en materia de educación para los medios deben ser cubiertos, hay razones para sospechar que los emergentes profesantes, los que dosifican la información y trazan las reglas sobre qué hay que saber, cuánto hay que saber y

cómo se debe interpretar, es decir, el papel que otrora correspondió a los monjes y sacerdotes y después a los maestros y profesores, corresponde ahora y en el futuro cercano a los periodistas.

Quizá esta suposición deposita demasiada responsabilidad en los oficinistas de los medios, pero considérese otro concepto, un poco más elaborado de periodista, valga el comparativo que resulta del contraste entre un orador o un escriba de hace tres o cuatro siglos, que “sabía leer y escribir, pero no tenía libertad para expresar ideas y sentimientos, en cambio debía conocer el lenguaje de propaganda y ensalzamiento de reyes”, según nos dice Castillo Gómez (2002, p. 50), y un maestro universitario de principios de este siglo. De la clase de periodista que desde el púlpito o cátedra de la mesa de redacción, de conducción del noticiero televisivo o desde el micrófono de la radio están marcando la pauta de qué, cómo, cuánto y de qué manera es posible aceptar las contribuciones de los legos en cuestiones de periodismo o comunicación, léase, ciudadano de a pie, que alcanza incluso a personas influyentes. Por citar un ejemplo, la agencia EFE difundió el 21 de julio pasado que el *New York Times* rechazó un artículo del candidato republicano estadounidense, John McCain, sobre su postura respecto a Irak, por no estar a la altura, según la redacción del rotativo, del que presentó para su publicación, días antes, Barack Obama, candidato demócrata, sobre el mismo asunto; esto, a pesar de que dicho periódico había ya publicado antes al menos una decena de artículos de McCain. De lo que no cabe duda, es de que esta práctica creciente abrirá espacios para innovadores e imaginativos géneros literarios, periodísticos y educacionales, todos ellos en el marco de la edu-comunicación.

Encontramos así múltiples propuestas en los noticieros televisivos que invitan a cualquiera a “cometer un acto de periodismo”, no solo a enviar fotografías o notas, sino incluso a hacer entrevistas, reportajes y a incursionar en cualquier género; “se tu el paparazzo...”, reza la convocatoria de algún noticiero de espectáculos especializado en los chismes de entretelones y en la vida privada de los rostros conocidos de la farándula. ¿Qué criterios serán tomados en cuenta, según el medio, la circunstancia y el lugar, para determinar qué se publica y qué se excluye de tales contribuciones?

Otra importante pregunta es ¿qué hacen nuestras universidades para instalar esta competencia específica?; es decir, la capacidad de los estudiantes y profesionistas noveles de convertir conocimiento en nueva información, no solo en periodismo o en disciplinas asociadas con la comunicación, sino común a todos los universitarios, sin distinción de áreas de estudio, y de qué manera influyen en la determinación de los criterios de colocación de dicha información en los circuitos mediáticos.

Desde luego que esta práctica, cuya tendencia sería deseable ver aumentar día con día, no significa que las escuelas y universidades están destinadas a desaparecer. Recordemos que toda nueva tecnología no sustituye sino que incorpora a las anteriores, y aquí solo hablamos de una de



las múltiples competencias que se enseñan y recrean en las aulas escolares y universitarias, y los doctores, maestros y catedráticos seguiremos en la brega por conservar el poder que nos concede, hasta ahora, el dominio y control de esas y otras competencias.

Bibliografía

- ADELL, J.: "Tendencias en educación en la sociedad de las tecnologías de la información", *EduTec. Revista Electrónica de Tecnología Educativa*, 7 (1997).
- AREA, M.A.: "Una nueva educación para un nuevo siglo" *Netdidactic@*, n. 1 (1998).
- BOURDIEU, P.: "Sobre el poder simbólico", en: *Intelectuales, política y poder* (trad. de Alicia Gutiérrez), Buenos Aires, UBA/Eudeba, 2000.
- CASTELLS, M.: *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza Editorial, vol. 1, 1997.
- CASTILLO GÓMEZ, A.: *Historia de la cultura escrita: del próximo oriente antiguo a la sociedad informatizada*, Gijón, Asturias, Ediciones Trea, 2002.
- CONTRERAS, J.: *Mediocracia: los medios que mecen la cuna*, Chihuahua, Mex., IEE, 2006.
- CUADRA, A.: "De la ciudad letrada a la ciudad virtual", Santiago de Chile, 2003, http://www.campus-oei.org/publicaciones/gratis/cuadra_01.pdf (recuperado el 19.02.2008).
- GEERTZ, C.: *La interpretación de las culturas*, Buenos Aires, Gedisa, 1990.
- LÉVI-STRAUSS, C.: *El pensamiento salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002 (1962).
- MANN, M.: *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.
- OLLIVER, B.: *Internet, multimedia: ¿qué cambia en realidad?*, México, ILCE, 2001.
- TENORIO, J.: "Prolegómenos para una filosofía de la educación con las tecnologías de la información y la comunicación (TIC)" – inédito –, Programa de Doctorado en educación/FFyL-UACH, 2008.
- THOMPSON, J.B.: *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, México, División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, 2002 (1990).
- UNESCO: *Normas UNESCO sobre competencias en TIC para docentes. Directrices para su aplicación*, París, Sección de Aplicaciones de las TIC a la Educación, la Ciencia y la Cultura", División de la Sociedad de la Información, Sector de Comunicación e Información, diciembre de 2007.

Notas

- 1 Doctor en ciencias de la información, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua, México. Cuerpo Académico UACHIH-034 en coparticipación con Isabel Guzmán y Rigoberto Marín. >jcortes@uach.mx< (conferencia dictada en el panel de "Nuevas tecnologías, comunicación y medios del primer encuentro iberoamericano de redes de investigación en comunicación audiovisual y periodismo" en la Universidad de la Sabana, Bogotá, Colombia, el 02/10/2008).
- 2 <http://es.wikipedia.org/wiki/Cultura> (recuperado el 09.07.2008).
- 3 M. Juan Escudero: "La educación y la sociedad de la información: cuestiones de contexto y bases para un diálogo necesario", en: Florentino Blázquez: "Sociedad de la información y educación", Junta de Extremadura, 2001, p. 28, http://tecnologiaedu.us.es/nweb/htm/pdf/soc_ed.pdf (recuperado el 04.07.07).
- 4 http://es.wikipedia.org/wiki/Cultura#Origen_del_t.C3.A9rmino (recuperado el 08.05.08).
- 5 Michel Foucault: "Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas / *Les mots et les choses-une archéologie des sciences humaines*" (trad. Elsa Cecilia Frost), 1996, <http://www.enfocarte.com/6.27/filosofia.html> (recuperado el 12.07.2008).
- 6 Julian Steward: "El concepto y el método de la ecología cultural" y Leslie A. White: "La energía y la evolución de la cultura"; ambos en: P. Bohannon y M. Glazer (comps.): *Antropología. Lecturas*, Madrid, McGraw-Hill, 1992. Citado también en <http://es.wikipedia.org/wiki/Cultura>.
- 7 <http://www.edukativos.com/apuntes/archives/138> (recuperado el 14.05.08).
- 8 Es la tercera de las ocho ideas principales del inglés Len Masterman para un proyecto de educación en medios. Citado por Roberto Aparici: "La educación para los medios de comunicación", http://www.wolkoweb.com.ar/apuntes/textos/educacion_medios.rtf. (recuperado el 12.06.08).
- 9 <http://www.monografias.com/trabajos35/el-poder/el-poder.shtml> (recuperado el 17.07.08).
- 10 Beatriz Fainholc: "Contribución de una tecnología educativa crítica para la educación intercultural de la ciudadanía", 2003. Disponible en el Archivo del Observatorio para la CiberSociedad en <http://www.cibersociedad.net/archivo/articulo.php?art=157>.
- 11 El noticiero CNN, en su edición del 22.03.2008, señaló que China rebasa ya a los Estados Unidos en cuanto al número de usuarios de Internet, superando los 210 millones de internautas.
- 12 Citado por Florentino Blázquez: "Sociedad de la información y educación, 2001, p. 14. http://tecnologiaedu.us.es/nweb/htm/pdf/soc_ed.pdf, (recuperado el 04.07.06).
- 13 UNESCO: Normas UNESCO sobre competencias en Tic para docentes, directrices para su aplicación".
- 14 Quien se interese en encontrar abundante información sobre estos temas, puede acudir a un estupendo portal de hechura colombiana denominado EDUTEKA, ><http://www.eduteka.org/><; en estos momentos uno de los mejores que se encuentra en la red sobre las temáticas descritas.
- 15 Ver B. Shayne y Ch. Willis: "Nosotros, el medio; cómo las audiencias están modelando el futuro de la noticia y la información" (trad. Guillermo Franco), 2005, www.hypergene.net/wemedia/espanos.php. ©